Barrer para casa

Albert Cortina

Abogado y urbanista, actualiza el humanismo en la revolución tecnológica para mejorar al hombre

“Google aspira a configurar el cerebro del mundo”

“Las biotecnologías que aumentan nuestras capacidades no estarán al principio al alcance de todos”

Natalia VAQUERO

(Epipress) Barcelona

Abrumados como estamos por esa inquietante revolución tecnológica que busca frenéticamente la creación de una nueva especie de seres humanos soñadores hasta con la inmortalidad, Albert Cortina (Barcelona, 1961), coordinador junto con Miquel-Àngel Serra del reciente libro “¿Humanos o posthumanos?” (Fragmenta Editorial), abogado, urbanista y director del Estudio DTUM para la ordenación inteligente del territorio, advierte de los riesgos de caer en un paradigma tecnocrático que entienda al cerebro como algo mecánico sin tener en cuenta que somos ante todo personas. Firme creyente, Cortina propone una reflexión filosófica y ética para que esas nuevas tecnologías estén al servicio de la humanidad, en vez de llevarnos a una nueva esclavitud, fruto del cibertotalitarismo. Tras el éxito de su libro, el autor trabaja ahora en otra obra futurista, su gran pasión, para ensalzar los valores de un humanismo avanzado, capaz de converger con las ideas más fantasiosas de los transhumanistas de Silicon Valley. “Nos estamos jugando mucho en este proceso”, asegura convencido de que la tecnología, necesaria para mejorar la vida de las personas, entraña también el riesgo de convertirse en una especie de serpiente mitológica que como en el Paraíso lleve al hombre a la perdición por querer ser como Dios.

–Señor Cortina, ¿en qué consiste el proyecto neoliberal posmoderno del siglo XXI?

–Estamos ya casi instalados en la hipermodernidad, en un tiempo en el que todo va muy deprisa y esa aceleración implica incertidumbre por su complejidad. En el ámbito socioeconómico, el neoliberalismo se transforma y da lugar a un individualismo salvaje basado en esa hipermodernidad que nos ofrece por primera vez en la historia la posibilidad de hacernos a nosotros mismos. Las tecnologías dejan de ser un instrumento y pasan a ser una función que se incorpora en nuestra persona, en nuestros cuerpos.

–¿En qué basan ustedes su tecnoptimismo cuando la gente está asustada porque ve que los robots les van a quitar sus puestos de trabajo?

–Más que tecnoptimista soy tecnoprudente porque esa mejora del ser humano para hacerlo más inteligente, longevo, perfecto y feliz conlleva riesgos. Tenemos que ser capaces de sentar bien las bases de esa nueva sociedad biotecnológica.

–¿Qué propone usted?

–Ofrecer una cobertura filosófica, ética e, incluso, espiritual a la dimensión tecnológica del proyecto neoliberal posmoderno en este siglo. Que el progreso científico y tecnológico vaya a la misma velocidad que el crecimiento humanista y ético.

El abogado Albert Cortina. | JAVIER CARRERAS

–¿Cómo se conseguirá mejorar al ser humano con las nuevas tecnologías?

–Con la inclusión de esas tecnologías en el cuerpo, pero ahí se da por ejemplo el paradigma tecnocrático que entiende el cerebro como algo mecánico sin tener en cuenta lo que nos hace humanos. Está claro que somos algo más que cerebro. Es cierto que el poder científico y tecnológico da más poder al hombre, pero ese poder es causa de graves males porque la verdad y el bien no brotan espontáneamente del mismo poder científico y tecnológico. Por eso hay que reformar el concepto de espiritualidad en el siglo XXI. Ahora se produce un divorcio total entre esa ciencia y la filosofía y la espiritualidad.

–El movimiento transhumanista, uno de cuyos líderes es Ray Kurzweil, ingeniero de Google y profeta de la singularidad, habla de esa mejora del ser humano, pero ¿a qué singularidad se refiere?

–Él tiene la visión más futurista de las tecnologías, pero no olvidemos que Google aspira a configurar el cerebro del mundo. En esa singularidad a la que él se refiere, la inteligencia artificial superará a la humana y puede que tenga razón para un tipo de inteligencia basada en la lógica y el cálculo. Pero, ¿qué pasará cuando los robots tengan que tomar decisiones con autonomía?

–Que se plantearán dilemas morales de gran calado...

–No sólo morales, sino también legales. El Parlamento europeo ya trabaja en la dotación de derechos, deberes y entidad jurídica a esos robots autónomos. Por eso es importante no perder de vista los valores éticos y morales que nos hacen personas y que tendríamos que programar en esos robots autónomos.

–¿Cómo nos afectarán el desarrollo de la inteligencia artificial y de las tecnologías más revolucionarias?

–El auténtico cambio disruptivo que vamos a vivir no es tanto lo que haremos o no con las tecnologías más revolucionarias, sino lo que seremos como seres humanos en este momento tan excepcional de la evolución en el que habrá que decidir sobre su esencia. Por supuesto que será posible, por ejemplo, un mejoramiento genético, pero eso plantea serios dilemas éticos y de creencias. Lo importante es abordar este periodo de transición y tener en cuenta que las biotecnologías que aumentan las capacidades físicas e intelectuales no estarán al principio al alcance de todos.

–Con el riego entonces de dispararse la desigualdad extrema.

–Exacto y no olvidemos que desde el transhumanismo se plantea hasta la inmortalidad. Las innovaciones más revolucionarias llegarán primero a los más ricos y se corre el riesgo de que sean únicamente estos elegidos los que produzcan ese salto evolutivo de la especie humana. Vendría entonces el posthumano que podría caer en la tentación de querer gobernarnos.

–También dicen desde el transhumanismo que estamos abocados a una época de espectacular crecimiento y de abundancia de todo. ¿Es así?

–Hablan de superabundancia y paradójicamente también de cooperativismo. Es el neoliberalismo llevado al extremo que conduce al individualismo más salvaje y al mismo tiempo a la idea de capitalismo altruista. Lo que no dicen es que en esa transformación que auguran habrá damnificados porque la gente se quedará sin trabajo y aumentará la precariedad laboral. Es una transición inquietante y a corto plazo lo vamos a pasar mal. Hay que trabajar para que esas tecnologías estén al servicio de las personas y de la humanidad y no para que nos lleven a una nueva esclavitud y a un cibertotalitarismo.

–Si los robots trabajan por nosotros y recibimos una renta básica universal, el siguiente problema será administrar nuestro ocio, supongo. ¿Cómo nos preparamos para conseguirlo?

–Lo de la renta básica universal es también muy sospechoso y no deberíamos permitir que se convierta en el bálsamo del futuro para frenar el conflicto social que se avecina ante la avalancha de personas que serán descartadas de ese progreso tecnológico. ¿Qué sentido tiene la vida para una persona subvencionada de por vida?

–Pero por fin le damos la vuelta a la tortilla y nos libramos del trabajo, una maldición bíblica por culpa de la tentación de una serpiente que nos expulsó del paraíso terrenal.

> El Parlamento europeo ya trabaja para dotar a los robots de derechos y deberes
>
> No me parece acertada la selección genética como si fuéramos semillas o animales

–Hay que huir del ocio alienante y apostar por el que nos enriquece como personas. No está mal que en este progreso tecnológico nos libremos de las rutinas de los trabajos más pesados. En esta nueva época aparece de nuevo la serpiente mitológica y bíblica que nos tentó con una manzana para ser como Dios. Creo que esa tentación está también en la tecnología y que existe esa manzana. Creer que somos amos de nuestro destino y de todo el planeta nos aboca al fracaso. Lo que sí tenemos hoy en día en nuestras manos es parte de esa creación y por eso debemos de ser más responsables.

–Y nos seguiremos quejando: ahora por trabajar mucho y después porque no tendremos trabajo.

–Por eso es importante dejar a los robots que hagan los trabajos más alienantes y duros para que nosotros nos podamos dedicar a labores más creativas que nos enriquezcan personal y socialmente. También podemos recuperar trabajos tradicionales aplicándoles la tecnología de hoy en día para evitar la parte más sacrificada.

–¿Mejoraremos también nuestra calidad humana gracias al tratamiento genético y seremos más inteligentes, más sanos y viviremos más?

–Todo eso suena a eugenesias pasadas, a selección de la raza. No me parece acertada la apuesta por la selección genética como si fuésemos semillas o animales. La cualidad humana, que no la calidad, no depende de nuestra salud ni de nuestra genética, depende de los valores y se aumenta con una buena educación. Ahí aparece la neuroeducación centrada en el cerebro para aumentar la cualidad a tope, pero no para interferir en la calidad eugenésica de la especie.

–Lo apuntaba usted antes. Kurzweil, el profeta de Silicon Valley, ha llegado a decir que seremos inmortales. ¿Lo ve posible?

–Él habla de inmortalidad cibernética desde el punto de vista de que dice que somos nuestros recuerdos. El primer reto es hacer una copia de ese cerebro y el segundo saber si se puede recuperar toda esa memoria una vez nos hayamos muerto. La idea es preservar esa especie de disco duro y guardarlo a la espera de que la ciencia pueda “resucitar” toda esa información que se trasladaría a otro soporte biotecnológico. Es una especie de mente universal que ellos ven como inmortalidad. En cierta medida, esa mente universal se está creando ya cuando subimos todas nuestras fotos a la nube.

–Dicen que con la criopreservación se puede aspirar a la reencarnación en muestro propio cuerpo.

–No deja de ser una visión pseudorreligiosa de la eternidad. Los deseos de ser inmortal y eternamente joven no son nuevos. Antes se reflejaban en la mitología, después en la religión y ahora en las nuevas tecnologías. Se ofrecen nuevas fórmulas digitales para viejas aspiraciones.

–La conquista del Universo estará al alcance de la mano, me imagino. ¿Llegaremos a ser también mejores personas con todas estas vertiginosas conquistas?

–Querer trascender de nuestros límites es bueno, es una pulsión natural el querer descubrir nuevos mundos. Lo que me parece muy ingenuo por parte del transhumanismo es creerse como dioses y pensar que el humano va a descubrir las leyes de la vida y a conducir la evolución a su antojo. Es ingenuo y soberbio.

–¿Seguiremos siendo los mismos o con tantos cambios nos convertiremos en otras personas?

–Eso lleva a uno al debate sobre la conciencia. Si un cíborg es en un 70 por ciento máquina y en un 30 por ciento biológico genético, ¿tiene conciencia? ¿Sigue siendo humano? El gran cambio se da en el cerebro con, por ejemplo, implantes de chips. Si lo sintético supera con creces a lo orgánico, ¿ha cambiado la sustancia de la persona? Este es un debate metafísico que apenas se aborda. ¿Alterará la conciencia, la naturaleza humana tanta biología sintética? En cierta medida, una persona enganchada a una máquina de la UCI es ya una especie de cíborg.

–Pero la cosa no acaba con convertirnos en transhumanos. Luego aspiraremos como decía usted a ser posthumanos. ¿Que será eso?

Los transhumanistas hablan precisamente de una transición hacia el posthumanismo, pero ni ellos saben cómo será ese posthumano. Hoy en día ya hablan de los cíborg, un híbrido entre humano y máquina, como un paso hacia esa evolución al posthumano que puede ser un organismo tecnológico. Una cosa es la evolución de humano hacia un superhombre y otra que esa inteligencia artificial que nos ha superado y no es biológica ni humana emerja en algún momento como conciencia. Aparecerá entonces otra especie con vida inteligente que hasta ahora teníamos nosotros en exclusiva.

–¿No existe el riesgo de que al poder influir por primera vez en nuestra evolución nos podamos cargar la especie humana?

–Ese es precisamente el riesgo y por eso es fundamental reformular el humanismo clásico a estos tiempos de hipermodernidad. Ante dilemas morales y éticos que plantean esas nuevas tecnologías hace falta un humanismo avanzado que dé respuestas para no cargarnos la especie humana.

–¿Qué lugar ocupa la dignidad de la persona en todo este proceso futurista tan atractivo como inquietante?

–Dos de las principales conquistas del humanismo clásico fueron los conceptos de libertad y dignidad. No podemos perder esa idea de persona con derechos fundamentales porque si no iremos hacia la deshumanización de ciertos grupos que verán violados sus derechos. Corremos el riesgo de crear nuevas castas tecnológicas que perjudicarán a los colectivos más vulnerables.

–¿Por dónde va el libro que prepara para explicar la convergencia entre la singularidad tecnológica y la singularidad humana, entre el hombre y la tecnología?

–Se trata de ese humanismo avanzado del que hablo. Considero que la clave es llegar a esa convergencia en la que los avances tecnológicos y científicos no se descarten pero tampoco se despojen de los valores humanos. Nos estamos jugando mucho en este proceso futurista.

Salud

Derechos de los animales

La difícil decisión a la hora de orientar el gasto: ¿debe la sociedad invertir más en el cuidado de las gallinas que en el de los dementes?

Martín CAICOYA

Me decía el profesor Juan Vázquez, eminente matemático, que no percibía que la sociedad japonesa fuera especialmente feliz a pesar de que, como yo escribía en este periódico, la mayoría cumplía con el “ikigai”, ese concepto que incluye tener un propósito en la vida que la ordene y encaje. Eso me hizo preguntarme cuánta felicidad alcanzan los filósofos que reflexionan sobre ello o sobre la ética, que al fin y al cabo es el estudio de cómo comportarse para alcanzar el último propósito del ser humano que, si Aristóteles no estaba equivocado, es precisamente la felicidad: ¿lo fue Aristóteles?, o más concretamente, ¿fue feliz Epicuro, el filosofo que recomendaba centrarse en este mundo y aprovechar la vida? ¿Y qué decir de Kant? Cabe la posibilidad de que ellos reflexionaran sobre estos temas, pero que no buscaran para ellos mismos algo tan pedestre. He oído varias veces al filosofo Bueno decir que eso de la felicidad es una estupidez.

Las contradicciones en los filósofos no son menos frecuentes que entre los que no nos dedicamos a pensar de manera sistemática y ordenada sobre los temas tan profundos. Muy bien entonces, me contradigo: soy grande, contengo multitudes. Así resolvía Walt Whitman sus conflictos. Antes Descartes, el gran racionalista, encontró una mejor solución: somos, por un lado, pura fenomenología, autómatas que respondemos de forma idéntica a los estímulos, nuestra parte animal; por otro, una mente pensante, libre de las ataduras de la materia. Y como tenemos esas dos naturalezas, podemos contradecirnos porque no siempre la superior es capaz de dominar a esa fiera que llevamos dentro.

Descartes nos separó definitivamente de los animales. El filósofo Singer quiere dotarlos de derechos, al menos a los grandes simios. Nos dice que si es la mente la que realmente nos hace seres respetables, una gallina que aún la conserva tiene más derechos que una persona que la ha perdido, por ejemplo por una demencia. ¿Debe la sociedad invertir más en el cuidado de las gallinas que en el de los dementes? ¿Cuándo se decide que un demente no es ya persona para transformarse en una cosa? Singer creo que no lo tenía claro porque cuando su madre enfermó de alzhéimer la cuidó tanto como pudo: hizo lo que tenía que hacer. Porque ella estaba ahí, aunque ya no tuviera, o no se le percibiera, una mente. No era una cosa como lo sería cuando muriera y se convirtiera primero en esqueleto y más tarde en polvo. Singer tenía que decidir entre gastar más en el apoyo a los movimientos que proclaman los derechos de las gallinas a no vivir estabuladas, convertidas en máquinas de producir, o en los cuidados de su madre “cosificada”. En su esquema competían categorías diferentes porque una de ellas había perdido el derecho. La decisión de en qué gastar, cuando, como siempre ocurre, el dinero es limitado, ha sido objeto de estudio formal ya desde el siglo XIX en lo que se llama “análisis coste-beneficio”, que contrasta los bienes que puede obtener la sociedad cuando se discute donde invertir, por ejemplo, en una carretera, un hospital o una escuela. Claro, el beneficio que se examina es para la sociedad humana. Porque hasta la fecha todo el esfuerzo se centraba en ella. Ni siquiera se consideraba el posible daño a los animales o plantas como éste no repercutiera en el ser humano. Que las gallinas vivan en cajas mínimas no nos importaba mientras dieran huevos sanos. Ahora bien, si en la ecuación debemos introducir, además de los efectos sobre el equilibrio ecológico, los potenciales daños y beneficios que las gallinas obtienen incluso en competencia con los nuestros, las cosas se complicarán bastante. Desde luego, tendremos que abandonar definitivamente los experimentos con animales. Hay un clamor contra los que se hacen con las especies más próximas al hombre. ¿Aceptarían los defensores de los derechos de los animales los fármacos en cuyo desarrollo hayan experimentado en ellos? ¿Se dejará morir Singer antes de aceptar el tratamiento o sobrevivirá a la contradicción?

Las decisiones morales son muy complicadas. Veo a la moral como un conjunto de normas que nos guían cuya aplicación está influida por las circunstancias. Por ejemplo, no matar. Obama fue un dirigente presidido por la ética, no sólo sus discursos, también sus actos lo avalan. Pero no le tembló el pulso cuando asesinó a Osama Bin Laden, además se enorgulleció de ello entonces y en el discurso de despedida. Supongo que todos resolvemos alguna vez conflictos morales con una cierta acomodación a nuestros intereses, Clinton creía evitar mentir, algo que él públicamente denostaba, diciendo que no había tenido una relación sexual con la becaria porque no hubo coito.

Celebro que haya sectores de la población que hayan enarbolado la bandera de los derechos de los animales. Repugna ver a esas gallinas estabuladas convertidas en unos seres extraños a sí mismos. Sin ánimo de demagogia, antes que ellas están todos los seres humanos que viven en condiciones indignas.